

La calle para el jueves 14 de mayo de 2009  
Diario de un espectador  
La silla XXIX  
por miguel ángel granados chapa

Don Ernesto de la Torre Villar dejó vacante la silla número XXIX de la Academia Mexicana de la Lengua, que antes de él había sido la del gran sabio don Ángel María Garibay, un sacerdote que reprodujo en el siglo XX las virtudes de los clérigos humanistas de dos centurias atrás, al mismo tiempo padres de su grey espiritual y concedores de lenguas y otras artes.

Don Ernesto fue elegido miembro de aquella docta corporación el 14 de marzo de 1969, tomó posesión el 13 de marzo de 1970 y entró en retiro el 23 de noviembre de 2006. Desde entonces hasta el día de hoy su sitio en el domicilio de la Academia, en Liverpool 76 estaba formalmente vacante. Su sucesor fue elegido el 28 de febrero del año pasado y hoy dirá su discurso de ingreso. En el entretanto, don Ernesto murió.

Lo recordaremos hoy mediante el retrato que trazó de él Vicente Quitarte, también académico de la lengua, que muy oportunamente ha reunido 28 semblanzas en un volumen titulado *Los días del maestro*. Dedicado a su padre, “el primero en el tiempo, en amoroso fuego todo ardiendo, el maestro Martín Quitarte”, incluye estas líneas sobre De la Torre. En alusión a la obra de Oscar Wilde, el texto se titula “La importancia de llamarse Ernesto”, y dice así:

“Cuando Ernesto de la Torre Villar sale de impartir su clase en la facultad de Filosofía y Letras, de dar una conferencia o presidir un examen profesional, nunca va directamente al coche que lo conducirá a su casa en Olivar de los padres, donde tantos trabajos ha fechado. Un impulso superior lo lleva a revisar las tentaciones que, diseminadas por el suelo, ofrecen los siempre heroicos y necesarios vendedores de libros usados. Curioso y concentrado repasa títulos, cubiertas y encuadernaciones con asombro y apetito infantiles. Con la diferencia adicional de que, al contrario de los niños, en caso de encontrar algún nuevo juguete, de inmediato habrá de compartirlo.

“Edmundo O’Gorman, que no era pródigo en elogios, dijo en una ocasión que Ernesto de la Torre era un sabio. Lo es tanto de modo sustantivo como adjetivo, pues no todos los hombres cultivados son sabios ni todos los sabios merecen ser llamados hombres. Si hubiera que resumir en una frase el secreto de su obra rica y generosa, ésta se hallaría en su capacidad de verdadero maestro, que utiliza las palabras para construir y modelar, para hacer del mundo un lugar más habitable.

*Elogio y defensa del libro* es el título que don Ernesto dio al discurso de Juan Bautista Valenzuela Velázquez. Elogio y defensa son la divisa de una existencia que en el servicio a los otros ha encontrado su satisfacción mayor. El verdadero elogio constituye una defensa y una defensa justificada basta para hacer brillar al sujeto de nuestro elogio.

“La escritura de don Ernesto de la Torre es la de un hombre feliz, lo cual no significa que no se haya visto enfrentado a las tinieblas y caídas que corresponden a un varón de su linaje. Su vida y su obra son las de un hombre feliz porque se ha dedicado a fomentar

el conocimiento en los otros cada una de sus páginas es una búsqueda de la luz y hacia el desciframiento de la criatura humana. Fue un director ejemplar de la Lotería nacional porque hizo comprender a propios y extraños que la bibliografía es un arte mayor y porque dedicó gran parte de su energía a que la riqueza contenida en nuestra institución fuera accesible y tuviera un cuerpo de investigadores y bibliotecarios que se dedicaran profesionalmente a semejante tarea...

“nuestro maestro conoce y práctica la importancia de llamarse Ernesto y la de ser intachable ....todos quienes conocemos y amamos a don Ernesto podemos hacer nuestra la frase de un joven clásico, que al homenajear a su maestro, mayor en edad, declara: ‘yo, de joven, quisiera ser como es’”.